



Lorenzo Silva

Ahí fuera



DESTINO

Ahí fuera

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1449

Lorenzo Silvia, 2018
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2018)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5459-7
Depósito legal: B. 24.207-2018
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Así cayó el Solitario¹

Lleva un tatuaje en cada hombro. En el derecho, la cabeza de un tigre de Bengala. En el izquierdo, el símbolo circular de los pacifistas, el mismo que a finales del pasado siglo se popularizara junto al lema de «haz el amor y no la guerra». Es Jaime Giménez Arbe, hasta hace poco conocido solamente como el Solitario, uno de los atracadores más peligrosos que registra la historia criminal española y el delincuente más buscado desde que un día de junio de 2004 acribillara con una ráfaga de 23 balas de su subfusil a los guardias civiles Juan Antonio Palmero y José Antonio Vidal, en Castejón (Navarra). La dualidad de sus tatuajes se antoja una metáfora de su doble vida: el misterio que centenares de agentes se han afanado durante años por desentrañar y que ahora está ahí, expuesto hasta el último detalle a la vista de todos.

El lunes 23 de julio de 2007 lo detuvo la Policía Judiciária portuguesa cuando se disponía a atracar

1. Reportaje publicado en el suplemento *Crónica* del diario *El Mundo* del 29 de julio de 2007.

un banco en la localidad costera de Figueira da Foz. Y, de no saber nada, hemos pasado a saber casi demasiado. Las informaciones sobre su personalidad y su historia se acumulan día a día, mezclándose los datos más o menos contrastados con rumores y chismes. Tratando de ceñirnos a lo que puede afirmarse con una mínima seguridad, sabemos que tiene cincuenta y un años, dos hijos adolescentes, una exmujer de nacionalidad británica y una hermana, con la que convive actualmente su madre, viuda desde hace un lustro. También tuvo un hermano, pero murió hace años. De todas las personas que componían su reducido entorno familiar, parece que sólo por su madre demostraba nuestro hombre respeto y afecto.

Giménez Arbe estudió hasta el bachiller elemental en la elitista Escuela Italiana de Madrid, donde reveló ya su carácter problemático, que hizo que le expulsaran. Cursó el bachiller superior en un instituto de Pozuelo y se formó como técnico en instalaciones de frío industrial, actividad que ha constituido a lo largo de los años su oficio más o menos regular, pero que ha venido simultaneando con otros al margen de la ley. Aparte de dedicarse a atracar bancos, ramo delictivo en el que se sospecha que se inició en compañía de otros antes de comenzar su carrera en solitario —aunque nunca fue detenido por ello—, en su ficha constan antecedentes por tráfico de drogas —sobre todo pastillas— tanto en España como en Suecia.

Y es que Giménez Arbe es un hombre de mundo: aparte de su paso por el país escandinavo, se sabe

que ha vivido y trabajado en el Reino Unido, donde conoció a su esposa, y en Libia, donde prestó sus servicios para una empresa petrolífera. Por lo visto viajaba mucho a Marruecos, país que según fuentes próximas a su entorno conocía «como la palma de su mano». Habla con fluidez inglés e italiano, con menos soltura francés y chapurrea árabe. También es un manitas cibernético: en los primeros tiempos de internet en España ya tenía varios equipos conectados a la red. Por otra parte, su familia no andaba mal de dinero; de hecho sus padres le compraron el chalé adosado en que vivía. Lo que no puede decir nuestro personaje es que fue la necesidad o la falta de oportunidades lo que le empujó a tomar la senda del crimen.

Durante mucho tiempo se creyó que el Solitario, por su destreza y su determinación en el uso de las armas, demostradas al menos en tres enfrentamientos a tiros con los agentes del orden, era un exmilitar o expolicía. Ahora sabemos que ni siquiera hizo la mili, al diagnosticársele una enfermedad mental que lo incapacitaba para el servicio. Se ha hablado de esquizofrenia, paranoia o más vagamente de psicopatía. Sin pretender afinar un diagnóstico que seguramente requiere de un análisis más riguroso, algún experto apunta más bien hacia un trastorno de la personalidad de tipo paranoide, que reforzaría los rasgos obsesivos, la desconfianza, la meticulosidad en sus acciones, pero permitiéndole mantener el control de sus actos, algo que ha demostrado a lo largo de una larga ejecutoria criminal.

Es un individuo habituado a prevalecer sobre los

demás, eso parece fuera de cuestión. Presidió la comunidad de su urbanización y la del polígono de Pinto donde tenía una nave para preparar sus golpes, y en ambos casos logró imponer su voluntad una y otra vez. Se dice que agredía a su exmujer, y que su hijo pequeño se escondía en el armario al oír entrar al padre en la casa —del mayor, en cambio, algunos testigos afirman que lo idolatraba y lo tenía como modelo—. En su barrio, el carácter brusco y desabrido de Giménez Arbe le hizo acumular un largo historial de altercados, con multitud de denuncias cruzadas —él mismo no tenía rubor en acudir una y otra vez a la Guardia Civil de su localidad a denunciar a sus vecinos—. Lo tenían por violento, por hueraño, por loco, por «mala persona». Hasta el pasado lunes nadie del barrio imaginó que se trataba de el Solitario, el atracador más perseguido del país. Podían temerle, u odiarle, pero él seguía campando a sus anchas y pisando fuerte.

Mientras tanto, en su otra vida, la clandestina, se aplicaba a preparar meticulosamente y ejecutar sin pestañear sus audaces asaltos. Desafiando a quienes andaban tras él, exhibía su insultante capacidad para reproducir una y otra vez, con aparente impunidad, su simple pero eficaz *modus operandi*: sin dejar huellas, protegido por un burdo disfraz y completando la faena tan deprisa que cuando se activaba el dispositivo policial ya se había escabullido, por rutas previamente estudiadas. Nada menos que ocho golpes acumulaba en el último año; uno de ellos, para más recochineo, junto al complejo policial de Canillas. Había vuelto con ganas, tras un par

de años de inactividad a raíz de la muerte de los dos guardias civiles.

Ese percance de junio de 2004 fue, en última instancia, el que torció la suerte de quien hasta entonces había atracado más de una veintena de bancos y obtenido por el camino un jugoso botín, sin que la policía lograra siquiera acercarse a él. Aquel fatídico día venía de La Rioja, donde había ido a dar un golpe sin percatarse de que la jornada era festiva en aquella comunidad. Probablemente conducía distraído, o contrariado, y cometió alguna infracción de tráfico que presenció la patrulla de la Guardia Civil, por lo que salió tras él para identificarle. El Solitario llevaba encima sus armas, y es muy posible que placas falsas en el vehículo. Ante el riesgo de ser detenido, no se lo pensó: vació el cargador de su subfusil contra los agentes. No era la primera vez que disparaba contra la policía: ya lo había hecho en 1996 tras un atraco en Zafra (Badajoz), cuando tiroteó a dos patrullas de la Benemérita, y en 2000 en Vall d’Uixó (Castellón), donde se enfrentó en una batalla campal contra casi toda la policía local de la población —en la refriega resultó muerto un agente por el disparo accidental de un compañero—. Pero en esta ocasión su expeditiva reacción iba a tener graves consecuencias.

Los recursos excepcionales desplegados por la Guardia Civil para esclarecer la muerte de sus dos agentes, a partir del vehículo que según testigos conducía el atracador, un Suzuki Vitara o Samurai verde, y de los casquillos y proyectiles del subfusil recogidos en el lugar del crimen, permitieron reconstruir

el historial de El Solitario, hasta entonces disperso. Se analizaron todos y cada uno de los atracos que se le iban atribuyendo, registrando todos los datos. Se difundieron las imágenes del atracador captadas por las cámaras de videovigilancia, y pronto empezaron a llegar denuncias procedentes de la colaboración ciudadana. Entre los años 2004 y 2007, se investigó a miles de potenciales sospechosos y en profundidad a no menos de trescientos objetivos. El Solitario debió de ser consciente de la que se había montado para darle caza, y durante dos años se abstuvo de actuar.

Siempre había sido un tipo poco codicioso. Atracaba cuando necesitaba dinero, y si en algún golpe obtenía un buen botín, se tomaba unas vacaciones. Debió de tirar de los ahorros que tuviera, y cuando se le acabaron parece que aún se buscó otro procedimiento de financiación alternativo: fuentes cercanas a su entorno familiar refieren que su hermana fue con la madre a retirarle la firma que tenía Giménez Arbe en la cuenta bancaria de aquella, tras percatarse de la desaparición de una suma de alrededor de 30.000 euros. De uno u otro modo, terminó viéndose necesitado, y por ello decidió correr el riesgo de volver a las andadas.

En esencia, repitió la técnica que durante años le había dado tan buenos resultados. Alteró ligeramente el disfraz —en lugar de la barba y peluca postizas que usaba antes, recurrió a una perilla, visera y gafas— y empezó a operar. Pero algo ya no funcionaba como antes. En abril de 2006, en Sarria (Lugo), se enojó por lo escaso del botín y disparó innecesariamente contra un empleado, al que dejó herido. Lo

mismo que haría un año después en su último golpe, en Toro (Zamora). El antaño frío criminal perdía los estribos, y también hizo algo que antes había evitado cuidadosamente: actuar hasta en tres ocasiones en la comunidad en que residía, Madrid, y contra oficinas bancarias situadas en zona urbana. En uno de esos atracos, en La Moraleja, en mayo de 2006, la Guardia Civil localizó en la grabación de una cámara de videovigilancia la imagen de la furgoneta Renault Kangoo en que se desplazaba. Analizando a fondo la imagen, se logró acotar el modelo exacto y hasta el año de fabricación. Inmediatamente se procedió a elaborar la lista de los propietarios de dicho modelo en cada provincia y a comprobarlos uno por uno. Años atrás, al hacer el mismo ejercicio con el Suzuki, se había llegado a confeccionar una lista de decenas de miles de titulares. Esta vez era mucho más corta. La pista se confirmó en el atraco de Toro, cuando el Solitario, mientras huía por un camino, se cruzó con un rebaño de ovejas y tuvo que detenerse, lo que hizo posible que un testigo se fijara en la Kangoo y también en él —iba sin disfraz.

La Guardia Civil de Las Rozas investigó entonces a Giménez Arbe, como uno de tantos titulares de una furgoneta del modelo identificado. Por lo que de él se averiguó —su carácter, su historial, sus rasgos físicos— se le incluyó en la lista de objetivos no descartados, para ulterior investigación. Como él había todavía bastantes, pero los investigadores estaban ya cerca: uno de los cruces de bases de datos pendiente era el que iba a hacerse con la lista de propietarios de vehículos Renault R-4 del modelo utilizado

en el atraco de Zafra, donde también figuraba nuestro hombre.

Pero paralelamente sucedió algo que precipitaría la resolución del caso: alguien que conocía a Giménez Arbe le comentó a un guardia civil retirado que tenía la firme sospecha de que pudiera ser el Solitario. El guardia civil se lo comentó a su vez a un familiar miembro del Cuerpo Nacional de Policía, y este se lo hizo saber a sus compañeros. El soplo se comprobó rutinariamente, como otros tantos, pero pronto empezaron a cuadrar los datos del individuo con todos los indicios reunidos por la Guardia Civil y la Policía a lo largo de tantos meses de trabajo, y los policías solicitaron la intervención del juzgado al que le correspondía la instrucción de sumario por el atraco de Canillas —sin duda el golpe que más les escocía, por la proximidad a sus instalaciones—. Se pincharon teléfonos, se balizó la furgoneta y se inició el seguimiento del sospechoso.

Un par de semanas después de comentársela a su familiar, el guardia civil retirado le pasó la misma información a un compañero de cuerpo, que también la trasladó a quienes en la Guardia Civil se ocupaban del caso del Solitario. Éstos iniciaron comprobaciones sobre la persona de Giménez Arbe, lo que hizo saltar el sistema que dentro del Ministerio del Interior avisa de que los dos cuerpos policiales están investigando una misma pista, para convocar la oportuna reunión de coordinación y decidir quién sigue con el asunto o cómo se articula la colaboración entre ellos. Dado que la Policía Nacional había avanzado más en la identificación del sospechoso y

disponía de mandatos judiciales para intervenciones concretas de control sobre su persona, se acordó que sus agentes llevaran a partir de ahí el peso de la operación. Era lo lógico, pero la decisión hubo de producir cierta frustración en los miembros de la Guardia Civil, que habían empeñado miles de horas de trabajo en la búsqueda del Solitario y habían elaborado el grueso de la información de que se disponía sobre sus acciones.

El resto es ya sobradamente conocido. Tal vez preocupado por el cerco al que empezaba a estar sometido en España, donde los medios difundían su imagen una y otra vez, el Solitario planeó actuar en Portugal. Todo indica que iba a ser el último golpe, y que después se proponía volar a Brasil para reunirse con su novia y empezar allí una nueva vida con el botín. Hizo como siempre un viaje de exploración, para reconocer a fondo el terreno y las rutas de escape, sin sospechar que la baliza instalada en su vehículo permitía a los policías controlar todos sus movimientos. Cuando días después volvió a viajar para dar el golpe, la policía española ya se había coordinado con la Policía Judiciária portuguesa, que montó una espectacular operación para sorprenderlo *in fraganti* y neutralizarlo sin disparar un solo tiro. Cuando Giménez Arbe se disponía a entrar en el banco, portando su pistola Ithaca bajo el brazo y su subfusil Guide en el maletín, ocho fornidos agentes saltaron de una furgoneta y lo redujeron sin darle opción a usar las armas. No cabe duda de que lo hubiera hecho, como él mismo afirmaría luego. Sus triunfos en anteriores enfrentamientos armados con los agentes

del orden lo habían envalentonado hasta el punto de creer que podría volver a repetir suerte, y quizá por eso llevaba semejante armamento, que sólo tenía sentido pensando en esa eventualidad. Pero esta vez la ventaja de la sorpresa no estaba de su lado y, sin ella, el temible cazador cayó como un pajarillo desprevenido en la trampa.

Presenciando la operación estaban media docena de policías españoles y dos guardias civiles. De acuerdo con la ley portuguesa, y por tratarse de un delito flagrante, el interrogatorio debía desarrollarse ante la autoridad judicial en un plazo máximo de veinticuatro horas. Antes de que el Solitario comparciera ante el juez, que lo envió a la cárcel tras negarse a responder, los guardias y policías españoles apenas pudieron mantener con él una conversación informal. Giménez Arbe se jactó en ella de su habilidad y de lo bien que le había salido todo hasta aquel día; incluso tuvo un recuerdo nostálgico para el Suzuki «quemado» tras el doble asesinato de Castejón, del que elogió sus cualidades para la fuga por toda clase de caminos. Reconoció sin tapujos la autoría de los atracos, aunque evitó asumir la de la muerte de los dos guardias civiles. Sólo pareció flaquear un poco cuando le mencionaron a sus hijos y le invitaron a pensar sobre cómo se sentirían cuando supieran la verdad sobre su padre.

Así es como el delincuente más buscado de España ha acabado en manos de la justicia portuguesa, que será la que a partir de ahora marque la pauta y los tiempos. Los que le han perseguido durante estos años deben esperar ahora a su extradición, y entre

tanto el registro de sus propiedades ha deparado el hallazgo del arsenal que poseía, en gran medida compuesto por armas que traía del extranjero o que compraba inutilizadas y restauraba en su nave de Pinto.

La imagen del despliegue de ferretería mortal que poseía Giménez Arbe, con multitud de armas automáticas y hasta algún fusil de asalto, pone de manifiesto con qué facilidad puede alguien medianamente habilidoso y decidido a burlar las restricciones a la compra y posesión de armas de todo tipo, incluidas las de guerra, y plantea serios interrogantes sobre la tolerancia que existe respecto de las inutilizadas. Con el mismo utillaje que tan diestramente manejaba para poner a punto su armamento, el Solitario se fabricaba de manera artesanal las placas falsas que utilizaba en sus acciones. También se ha descubierto que anotaba minuciosamente en libretas las rutas que seguía y todos los detalles de sus operaciones. El análisis balístico de las armas intervenidas ha confirmado que entre ellas está el subfusil empleado en el asesinato de los dos guardias civiles. No van a ser las pruebas lo que falte para poder condenarle por sus delitos.

Éstos son, a grandes rasgos, los hechos. A partir de ellos, se impone la reflexión sobre el personaje. Un hombre conflictivo desde su juventud, agresivo y pendenciero, astuto y metódico pero sobre todo capaz de actuar sin contemplaciones. Sobrado de amor propio, y con dotes innegables para el peligroso oficio que eligió, se creyó invulnerable, pero un mal día cometió un error y tras el primero, fatalmente, vi-

nieron otros. A partir de ahí el argumento estaba escrito, y en su tozudez en el delito no dejó el Solitario de mostrar bastante ingenuidad. Es muy difícil que un hombre solo pueda salir airoso de tamaño duelo contra la maquinaria policial de un Estado moderno.

En algunos su figura despierta fascinación; a otros hasta les inspira simpatía, por el desparpajo con el que se ha comportado desde su detención —quizá para compensar la merma de autoestima que ha debido suponer que le atraparan disfrazado, con las manos en la masa y sin permitirle reaccionar—. Pero al final todo se resume en un puñado de dinero robado y en tres hombres que ya no están con sus familias. Se mire como se mire, una fea y triste historia.